

Jubileo: privilegiar a los últimos

Dar y pedir perdón: esencia del Jubileo del 2000

Attilio Danese

Director de *Prospettiva Persona*. Teramo (Italia).

Conviene subrayar que en este Jubileo, además de la clásica peregrinación (entendida también, a nivel diocesano, a algunos santuarios importantes y a Tierra Santa), también se han introducido como condiciones de indulgencia la visita a los enfermos y a los necesitados en general, junto a acciones de solidaridad. Además de las acciones indicadas es necesario un espíritu jubilar que sobrepasa las ocasiones de indulgencia.

Todo el mundo sabe que el nombre «Jubileo» deriva etimológicamente del cuerno retorcido de carnero que se hacía sonar para anunciar el inicio del año santo el día 10 del mes de Tisri (septiembre) en el día del Kippur, es decir, el día reservado por los hebreos a la expiación pública.¹

Si tomamos el significado latino del término lo podemos referir a *júbilo*, alegría. *Una primera consecuencia tangible es reencontrar el sentido de la alegría.*

En el mundo hay necesidad de alegría. En efecto, nos golpean las respuestas de los adolescentes que declaran que desean para su familia futura un clima más alegre respecto a aquella en la que viven. No es raro, en efecto, que la familia ceda al peso de la tristeza. Los rostros, demasiado frecuentemente preocupados del padre y de la madre, cargan el clima general: el trabajo, la casa, el dinero, la salud, las

innumerables prácticas burocráticas, las enfermedades inesperadas, los problemas de los hijos, y todo lo que se quiera añadir a esto, contribuyen no poco a trazar el cuadro de los factores de tensión. Los cónyuges, microcosmos en el cual repercuten todos los problemas del gran sistema, pierde el esmalte de los primeros años. El tono de las relaciones se hace pesado: el gozo de vivir, la alegría, el gusto del comienzo desaparece.

Hacen bien los chicos en recordarnos que se vive bien si sabemos reírnos de las circunstancias de los otros y, sobre todo, de nosotros mismos, si se deja danzar la alegría, en especial en los momentos de encuentro, en el almuerzo o en la cena, en torno a la «mesa florecida de ojos de niños», cuando el hablar es todo un estallar de relatos, ocurrencias, destellos de inteligencia. Los hijos son el termómetro del clima de la familia, ellos que no están ahora aplastados por el peso de los años y de las desilusiones.

En esto, los niños son parecidos a los ancianos, en especial aquéllos que dejan transparentar, en caso necesario, en sus pequeños ojos cansados, un resplandor, una alegría destilada, contenida y densa, que muchas veces falta a los adultos, a las personas de Iglesia, a cuantos se dejan oprimir por la tristeza de los ambientes de trabajo, por los problemas de la ganancia y de la carrera. Tanto los unos

como los otros nos reconducen al deber de defender en nuestra casa el reino de los pequeños, de los alegres, de los despreocupados.

Sin embargo, para que haya alegría es necesario crear las condiciones, también más allá de la familia, comenzando por la reconciliación entre personas que se odian y que se han hecho el mal mutuamente.

He aquí, por tanto, un segundo significado del año santo: *el jubileo como tiempo de perdón por ayer, pero también por hoy.*

«Cuando la trama de la historia se descubre desgarrada por la violencia, el odio, las opresiones —se ha preguntado el Editorial del *Jesús* de noviembre 1997— y el precio ha sido el dolor humano de personas y, a veces, de pueblos, no podemos escapar a estos duros interrogantes: ¿qué ha sucedido? ¿que habría sido mejor que sucediera? ¿O qué fuera diferente? Y, ¿que peso de responsabilidad tenemos nosotros? Este inicio de milenio es también tiempo de reflexión, tiempo de discernimiento, tiempo de autocrítica, tiempo bíblico de arrepentimiento y perdón de cara a la reconciliación». De esta convicción surgen las llamadas de perdón por parte de hombres de Iglesia, que, en la estela de las palabras y de los gestos de Juan Pablo II, se van dejando sentir en los últimos tiempos.² Wojtyła reflexiona sobre las «páginas oscu-

ras» de la historia de la Iglesia y admite las «desviaciones» de los cristianos respecto al Evangelio.

El tema del perdón aparece claramente en la palabra del Papa y ha tomado cuerpo hasta estructurarse en la propuesta epocal de un examen de fin de milenio, en el cual toda la comunidad católica ha sido llamada a la revisión de la propia historia. Son casi un centenar los textos en los cuales Juan Pablo II ha hecho un juicio, ha reconocido una responsabilidad, ha pedido perdón.

Es fuerte e inmediato el eco del gesto penitencial que la Iglesia ha celebrado. Los obispos franceses han reconocido la culpa por la colaboración con el régimen de los ocupantes nazis, mientras se habla de revisión crítica por el silencio de los españoles durante el régimen franquista.

Juan Pablo II ha escrito de la Iglesia que «no puede atravesar el umbral del nuevo milenio sin animar a sus hijos a purificarse, en el arrepentimiento, por errores, infidelidades, incoherencias y lentitudes. Reconocer los fracasos de ayer es un acto de lealtad y de valentía que nos ayuda a reforzar nuestra fe, haciéndonos capaces y dispuestos para afrontar la tentación y las dificultades de hoy» (*Tertio millennio adveniente*, 34). Esta frase expresa el deseo de que también otros realicen el necesario «paso adelante» que la Iglesia Católica está dando.

Lo ha recordado el cardenal Martini en el número 10 (1997) de *Jesús*: «El acto de *teshuva* (el volver atrás) nos concierne a nosotros hoy. No intentemos procesar a nadie, sería antihistórico, ni intentemos juzgar épocas tan lejanas y mentalidades tan distantes de las nuestras. Podemos y debemos, en cambio, como hombres y como cristianos, arrodillarnos ante Dios y ante las víctimas de tanto odio».

El Papa invita a no olvidar «los otros holocaustos». «La Shoá, por

la que se pide justamente perdón, no debe convertirse en un pretexto para los silencios frente a tantos holocaustos de hoy, de los Tutsi en Ruanda, de los inocentes en Argelia, de los indios en la Amazonia, de las víctimas de procesos sumarios en China, de los pobres y los hambrientos en cualquier parte... incluso si la comunidad cristiana no está entre los responsables de muchas tragedias de hoy, está, más bien, y más frecuentemente entre las víctimas, debe todavía recoger la exhortación para no repetir los errores del pasado, aunque sólo hubieran sido pecados de omisión, o silencios incómodos, cómplices y pilatescos. Por esto los cristianos tienen el deber de hacerse voz de quienes no tienen voz, de hacer propios y amplificar «los gritos del silencio» de los hombres y de las mujeres, víctimas de los infiernos de nuestros días. Así si vive el Jubileo, reflexionando en silencio penitente sobre el pasado propio y ajeno, o alzando la voz para denunciar los holocaustos de hoy».

Hay, finalmente hay otro asunto particular de la vida cristiana y eclesial que hay que volver a proponer con ocasión del Jubileo.

Lo sugiere una intervención de Arens³ cuando reflexiona sobre el sentido del «*descendit de caelo*» y del «*ascendit in caelum*». Con demasiada frecuencia se ha especulado sobre el «Ha subido al cielo». «En la temática de este *ascendit* —se lee— se encuentran palabras como: exaltación, a la derecha de Dios, magnificencia, gloria, triunfo. Es un movimiento que se aparta de este mundo y de los hombres... Para la Iglesia, la exaltación será escatológica y representa una promesa futura, no un encargo para el presente».

¡Que contraste con las multitudes, el triunfo vehiculado por los mass media, «apelativos altisonantes», «puestos de honor»! «Incluso algunos diáconos —así se lee—

que por encima de todo deberían representar el servicio (diaconía) se encuentran más a gusto en los vestidos litúrgicos y en el altar mayor» (p. 291). El estilo jubilar, entonces, además de la petición de perdón por los pecados pasados, implica también algún cambio para el presente y el futuro cercano.

El Jubileo —continúa Arens— se refiere al *descendit*, al *incarnatus est*. Este movimiento de Dios no tiene nada que ver con el «reino de este mundo», con los «puestos de honor». La dirección del *descendit* es un movimiento hacia abajo (*kenosis*) también desde el punto de vista social... hacia los pobres, hacia las prostitutas, hacia los publicanos y los pecadores; tal movimiento es un camino que lleva a la humillación, a la persecución, al sufrimiento y al desprecio, un camino que termina entre los dos malhechores en la cruz. Y se lleva cabo, no por amor a la humillación, sino por «nosotros los hombres y por nuestra salvación». Puesto que Jesús se ha hecho pobre, se ha hecho uno de nosotros. «El hombre más mísero lo encuentra a su lado» (p. 297).

Hoy son muchos los que confían en que no se aplican a los cristianos, a nosotros hombres y mujeres de hoy, las duras palabras de Dietrich Bonhoeffer en *Voces nocturnas en Tegel*: «aprendimos la mentira barata / a doblegarnos ante la pública injusticia. / si alguien oprimía al indefenso / nuestra mirada no se inmutaba».

Notas

1. Para esta parte me he inspirado libremente en el sitio de internet 99: http://www.vatican.va/jubilee_2000/pju_it.htm
2. L. ACCATOLI, *Cuando el papa chiede perdono*. Mondadori, Milano, 1997.
3. ARENS IT., «Chi non tocca la terra non può raggiungere il cielo», in P. Vanzan - F. Volpi, *Il Padre e la vita consacrata*, Il Calamo, Roma 2000.

[Traducido por *Acontecimiento* del original italiano publicado en la revista *Prospettiva Persona*, n.º 31, marzo de 2000.]